

"la celestina"

La presencia de "La Celestina" ha sido —salvando, en parte, el estreno de "Los físicos" de Durrenmat— el primer gran ramalazo de salud teatral de nuestra actual temporada madrileña. Ha sido el Bellas Artes —teatro más bien pequeño, donde este tipo de obras debe crear no pocos problemas de orden técnico y económico— el que ha tenido la consentida lucidez de dirigirse al público con un texto espléndido y vigoroso en lugar de recurrir a los decadentes juegos malabares y archisabidos de costumbre.

Yo creo —considerando, además, la dignidad general de la representación— que se trata de un hecho importante, de un hecho positivo, que es preciso comentar y vocear entre tantas semanas de buscar inútilmente el espectáculo ambicioso y de presencia justificada. Traer ahora "La Celestina" —a través de una versión hábil y llena de respeto para cuanto es esencial y dominante en el texto de Rojas— no puede ser sino un acierto. Aunque no deje de ser tragicómico que nuestro Español haya andado detrás de las exhumaciones pasando por encima de este primerísimo texto de nuestro teatro, llevado en los últimos años al público gracias a tres empresas privadas: la de María Jesús Valdés, bajo la dirección de José Luis Alonso; la del Estava, bajo la dirección de Luis Escobar, y, ahora, la de José Tamayo, bajo la dirección de José Osuna.

Inútil e imposible hablar en unas pocas líneas de "La Celestina". Si quiero decir, a la vista de algunas cosas que he leído y me han dicho, que es necesario, imprescindible, no caer en la trampa que nos tiende el "erudicionalismo", "La Celestina", como tantas otras obras, a fuerza de estudiarlas aburridamente para aprobar unos exámenes, (yo estudié el bachiller en una academia, y recuerdo que mi profesora de literatura nos decía siempre que ella hablaba de "La Celestina" por lo que había leído en los libros y ensayos que trataban de la tragicomedia, ya que, como mujer, no podía leer el texto de Rojas) de reducirlas a unos datos y unas frases memorizados sin la menor pasión, de sujetarlas a clichés inmóviles y desprovistos de profundidad social y humana, alcanzan, pavorosamente, a confundirse un poco con su imagen erudita. Llega un momento en que la admiración o la repulsa están más conectados con los comentarios sobre la obra —con las horas vividas hablando u oyendo hablar de ella— que con la obra misma.

Sólo esto podría explicar, por ejemplo, el que muchos espectadores o críticos habitualmente despiertos, hayan registrado desmayadamente el paso de "La Celestina" por numerosos Festivales, es decir, por muchas capitales españolas de angosta vida teatral. Aplicarle a la obra las frases hechas de nuestro cimentado y latente inconformismo es una monstruosa incongruencia, en tanto que obras como "La Celestina" han de ser las que despierten la escena española. Acaso esta frialdad resulte sólo explicable por el ya citado "erudicionalismo". Nuestros profesores —los del Instituto y los del teatro— nos han aburrido tanto y tanto con los clásicos que han creado en el espectador y aun en el crítico medio una costra de impermeabilidad a la espléndida vida que encierran muchas obras del pasado y, especialmente, esta magnífica "La Celestina", la mejor aportación del teatro español de todas las épocas.

Todo esto resulta un tanto ingenuo, pero la vida teatral española lo es también, y si nos metemos entre sus elementos concretos y actuantes, a menudo nos encontraremos en esta situación.

Con "La Celestina", además, ha iniciado el Bellas Artes la que promete ser una excelente temporada. A la obra de Rojas seguirá —al fin— "Madre Coraje", de Brecht, en la versión de Antonio Buero Vallejo, de retardada presencia en los escenarios españoles por la larga y obligada ausencia de José Tamayo. Después se estrenará el "Rómulo el Grande", de Durrenmat, ya presentada en la última temporada de Festivales. Todo lo cual, en suma —contando con una posible inclusión del "Tartufo", de Molière— redondea, al menos sobre el papel, una de las mejores temporadas que haya propuesto un teatro madrileño durante muchos años.

Quizá el regreso de José Tamayo —director muchas veces discutible, incansable y admirable promotor de títulos— haya pesado decisivamente en esta reorganización del Teatro Bellas Artes, nacido, sin duda, para mejores menesteres que el de limitarse a buscar la comedia de éxito. Todo ello no hace sino proyectar —en este irrisorio mundo menudo del teatro— de nuevo la atención sobre quien es una figura clave en la historia del teatro español de los últimos veinte años.

Pongamos punto final al comentario: con "La Celestina", en respetuosa versión de Alejandro Casona, sólido montaje de Osuna, y un cuadro de intérpretes con altibajos notorios, pero estimable dentro de nuestras posibilidades —¿hasta qué punto no resulta importante que sea precisamente una actriz como Milagros Leal la intérprete de "La Celestina", después de tantos años en los que se ha tendido a "engrandecer", a dar medida shakespeariana a nuestra interesada alcahueta?—, en Madrid tenemos de nuevo un espectáculo del que hablar, del que ocuparse, del que discutir.

J. M.

ninguno
ha dado
tanto *
a tantos



1^{er} Gel espumoso
para
BAÑO~DUCHA
y ASEO PERSONAL

- * ABUNDANTE Y FRAGANTE ESPUMA
- * PERFUME VIGOROSO Y PERSISTENTE
- * GRAN PODER DESODORANTE
- * ATRACTIVA PRESENTACION
- * PREPARADO POR MARCA CINCUENTENARIA DE RECONOCIDO PRESTIGIO

LEGRAIN

PARIS